

Boceto picassiano de Pablo Picasso

Escribe: HECTOR ROJAS HERAZO

En una playa de Antibes —enérgico vaho de limoneros, de crustáceos, de fúlgidos peces entre el cobre solar— aparece Pablo Picasso. Sólido él, prieto de sí mismo, grave y concentrado, con su sólida arquitectura de toro bravo, de toro de lidia español, de toro altamirense que trae enredados en sus cuernos los primarios racimos atesorados en la caverna. Corajuda la vida de este hombre. Un primitivo peligroso. Ojos saltones, desafiantes, inquisitivos. Ojos rabiosos de ver. Salidos de madre. Ojos de toro babeante, banderillado con las banderillas de fuego da la pintura. Nunca más estarán quietos estos ojos. Siempre mirando, comiéndoselo todo con su hambre de miles de años de pasto, de rocas, de pescadores y labriegos podridos en el litoral y la montaña. Con su dama de Elche entre ceja y ceja. Con sus guerreros celtas de coturnos crudos y sus ojalás de algazara sarra-cena y sus torerillos andaluces bailando la jota de la muerte entre remolinos de arena. Y sus santos de piedra y sus gárgolas suspendidas en la palpitación de las torres. Porque este hombre, este Pablo Picasso con su apellido filudo como pico de gavián, vino aquí entre los que estamos aquí abajo, única y exclusivamente para ver. Para darnos la buennueva del color, de la línea, del esqueleto, mondo y lirondo, de las cosas. Por eso sus ventanas parecen espejos astillados. Porque las ve, las siente, las penetra, desde todos los sitios a la vez. Por eso tiene mujeres con cuatro ojos y piernas que salen de los riñones y equilibran una calle donde se muere de pena, de pena con lagrimones gruesos como frutas, un arlequín de dos cabezas. Por eso a este hombre no se le pueden echar cuentos. Tiene mucha bruja revolviendo marmita, mucho olivar entre la sangre, mucha luna ladrándole a los perros, mucha pistola brillando detrás de un escaparate. A Picasso le salen —todas las noches de su vida— los hidalgos que nunca acaban de enterrar al conde de Orgaz y el hombre que trata de espantar, con sus brazos en cruz, a los fusileros de la Moncloa. Le salen todas las noches y le muerden la oreja y le pulen los vidrios de la pupila a este taurino, a este estameñado Pablo Picasso, que tampoco ha de morirse nunca. Toda la diablura española se le metió en la sesera a este alienado del pincel y del lienzo. Todos estos endriagos, todo este pelotón de aparecidos, lo están convirtiendo en un santo. Pablo Picasso es

una santa Teresa peluda. Un santotereso que se martiriza las carnes, que se saca la sangre, con el cilicio del pincel. Y es un Hernán Cortés con sus navíos quemados. Pablo Picasso ya no puede regresar. Se metió demasiado dentro de sí mismo. Y allá lo tenemos, loco de sonidos, de colores, de volúmenes, en su patria visceral poblada de unicornios, de ánimas solas, de árboles que mecen su dibujo contra un azul de mediterráneo gentil, de niños sobre corceles de esmeralda, de calles y plazas divididas por triángulos de luces eléctricas. Pablo Picasso es temible porque es clásico. Clásico del santoral de la raza. De sabiduría de adentro, de la del corazón. De la que se pone a pintar en medio de las bombas, con minuciosidad acusadora, pueblitos destripados, soldaditos que se acuestan con las sienes machacadas a soñar que son niños, niños de primera comunión con un pan en la mano. Todo eso con el gran toro, las quijadas de vaca que amojonan el agro, las vírgenes de piernas hidrocélicas que danzan entre las nubes. Con ese gran mujido, que le sale de todas sus cuevas, de todos sus ríos, de todas sus sierras morenas, a una España que empina su musculatura en la proa de Europa.